

# LA COMUNA DE PARIS

ró: «Todo lo que era italiano, polaco, holandés o alemán fue fusilado sin piedad».

La masacre se convirtió en espectáculo mundano. Burgueses y cortisanas iban a los lugares de ejecución e incitaban a la soldadesca a ensañarse con los cadáveres, especialmente de mujeres. Hubo escenas de fabuloso horror, sin posibilidad alguna de envidia por los crímenes nazis.

Según cifras de fuente versallesa, 20.000 personas fueron pasadas por las armas en las calles de París en los días que siguieron a la caída de la Comuna.

Para los sobrevivientes comenzó el calvario de los campos de concentración en Satory y l'Orangerie de Versailles, y luego los procesos, infamantes, presididos por un juez militar que fue sacado de un manicomio (exacto) para la ocasión.

Y, finalmente, los largos años en Cayena o en Nueva Caledonia, a los que fueron decenas de millares de comuneros de ambos sexos. Allí pasó largos años de su vida la «Virgen Roja», Louise Michel, que en el penal de Cayena aún encontró fuerzas para fundar una escuela a fin de enseñar a leer a los reos analfabetos y humanizar un tanto el inhumano penal. ■ X. D.

## BIBLIOGRAFÍA MUY SUMARIA

Existen centenares de libros sobre la Comuna. Señalamos al lector español aquellos que personalmente nos han parecido más interesantes por una razón o por otra:

P. O. LISSAGARAY. *Histoire de la Commune de 1871*. (Texto de base, excelente periodístico y testigo presencial). Lissagaray supo ser a la vez parte integrante de la Comuna y narrador crítico y objetivo. Un caso ejemplar de profesionalismo periodístico.)

C. TALES. *La Commune de 1871*. Excelente análisis histórico y crítico de la Comuna, escrito en 1921 por un sindicalista revolucionario y cofundador del partido comunista francés, del que se excluyó voluntariamente. (Reedición reciente en Spartacus, París.)

AIME DUPUY (1870-1871). *La guerre, la Commune et la presse*. Tomillo de la colección Kiosko, con exhaustiva revista a la prensa versallesa y comunera.

GASTON DA COSTA. *La Commune vuee*. Desgraciadamente muy difícil de encontrar, el libro de Da Costa expone el punto de vista blanquista sobre la Comuna, y además está muy bien escrito.

JACQUES ROUGIERE. *Proces des Communards* (colección Archives) y *Paris libre, 1871*. Investigador concienzudo, Rougier pone en estos dos libros a la disposición del lector una gran cantidad de documentos, poco asequibles y de sumo interés.

HENRI LEFEBVRE. *La proclamation de la Commune* (Gallimard). Libro discutido en el que Lefebvre recogió —sin citar fuentes— tesis neomarxistas de izquierdas (situacionistas) e hizo un amplio análisis del día de la proclamación de la Comuna. Un tanto ferragoso.

## TEXTOS DIRECTOS ASEQUIBLES HOY:

*La Commune de 1871*. Amplia antología de fragmentos del Diario Oficial de la Comuna (Editions de Delphes).

*Les 71 séances officielles de la Commune de Paris* (reimpresión en facsimil por Maspero). *Le cri du peuple*. Edición integral, facsimil del periódico que publicó Juse Vallés durante la Comuna.

Hay que citar también los escritos de Louise Michel sobre la Comuna, publicados por Maspero, y la trilogía de Juse Vallés sobre la Comuna, ejemplar novela política y popular reeditada en el Libro de Poche.



**T**RATAR de demostrar que la Comuna, al igual que todo gran acontecimiento histórico, ha engendrado sus propios mitos no supone ningún esfuerzo extraordinario. Se trata sólo de abrir de par en par una puerta que ya llevaba largo tiempo entreabierta.

Hay que admitir que Marx, y tras él Lenin, llevaron a cabo un fantástico «raptó» histórico. Esa revolución, que era jacobina y libertaria a la vez, les fue arrebatada a viejos republicanos y anarquistas ante sus propios ojos en un intento de hacerla pasar, ¡jeureka!, por la encarnación auténtica de la dictadura del proletariado. Fue un «golpe» genial, que entrañaba, sin embargo, una serie de trucajes. Así oímos repetir una y otra vez, casi religiosamente, que bajo la Comuna los funcionarios no debían ganar más que los obreros, cuando la verdad es que el salario máximo de los primeros había sido fijado en 6.000 francos al año en una época en que el de un obrero nunca pasaba de los 1.500, es decir, ganaba cuatro veces menos ¡No está mal!...

## Un segundo raptó

Una vez admitido esto, hay que preguntarse por el sentido actual de los mitos de la Comuna. En un pequeño panfleto titulado «Tumba para la Comuna», Max Gallo se muestra categórico: la persistencia de estos mitos demuestra que el socialismo no ha superado aún la fase de proyecto o de sueño. Con lo que se diferencia claramente del capitalismo, que tiene la gran ventaja de identificarse con la realidad. Escribe Max Gallo:

«Téngase bien en cuenta que el capitalismo ya era antes de ser pensado». Curiosa forma de resumir la historia de los siglos que han visto la lenta formación del capitalismo. La actividad económica es inseparable de una poderosa fermentación ideológica así como de la reforma religiosa. Los primeros capitalistas tenían una idea de lo que debían hacer que no corres-

# LA COMUNA VIVA

GILLES MARTINET

pondría necesariamente a lo que luego hacían, pero que por lo menos les servía de ayuda.

Lo mismo ha ocurrido con el movimiento comunista contemporáneo, que se creía excepcionalmente lúcido, pero que ha demostrado ser miope, por no decir ciego. Su historia está totalmente dominada por la aparición de una nueva clase dirigente que tenía que haber sido, pero que ha resultado no ser el proletariado. También aquí tenemos el ejemplo de algo que «no ha sido pensado, pero que es». ¿Está este algo en relación con las ideologías que reivindica como suyas? Afirmarlo sería absurdo. Desde Berlín hasta Pyong-Yang, los *apparatchiks* de todo el mundo se reunirán muy pronto en inmensos y solemnes salones para aplaudir al unísono a la Comuna de París. Y lo harán, no hay por qué dudarlo, con la mejor fe.

Creo que gran parte de la izquierda francesa no acepta este segundo «raptó» de la Comuna. La conmemoración de su centenario será para muchos una conmemoración «anti-burocrática». Y ahí hay que buscar sin duda la explicación del renacer de los mitos, del fervor que los rodea. Al presente estalinista o neostalinista muchos oponen el pasado democrático y «espontaneísta».

Y entonces vienen las interpretaciones. Hay una visión «Frente popular» y una visión «Mayo 1968» de los sucesos de 1871. «La Comuna», afirma por ejemplo François Fonville-Alquier en «Temoignage chrétien», fue ante todo un sobresalto patriótico, el nacimiento de ese patriotismo del pueblo, ardiente y desinteresado, que culminará en 1936 cuando los banderas rojas de la Comuna se unan a las tricolores de la República. Esa misma semana, Albert Detraz celebraba en «Syndicalisme», órgano de la C.F.D.T., la «democracia directa» que ha caracterizado a la Comuna. «Ese tipo de democracia», escribe, «que resurgió en mayo de 1968, marca muy bien la profunda diferencia que separa a la democracia representativa burguesa de la que dormita en la conciencia obrera y se expresa de vez en cuando espontáneamente».

El bloque de las izquierdas y los partidarios de la democracia «de base» agitan, pues, sus banderas ideológicas frente a los imperturbables representantes del socialismo de rostro policlaco, pero éstos no se asustan por tan poca cosa. Este es, sin embargo, otra cuestión, un

problema al que la historia de la Comuna no puede aportar ¡ay! ninguna respuesta válida. Todo ha cambiado en estos cien últimos años. Ya no es la misma clase obrera, ni la misma burguesía, ni la misma intelligentsia, ni el mismo campesinado, ni mucho menos los mismos problemas.

Y sin embargo, la Comuna sigue viva. Como siguen vivas la Revolución francesa y la Resistencia. Y es que la política no está hecha solamente de análisis, de decisiones y de realizaciones, sino que también se nutre de emociones. Toda colectividad, por moderna que sea, necesita referirse a un pasado, a unas tradiciones y —¿por qué no?— a unos mitos. Por eso sigue habiendo en Francia una izquierda. Ambigua, desgarrada, contradictoria, pero sensible a las mismas palabras, a los mismos impulsos, a idénticas evocaciones.

Los «Communards», escribe Max Gallo, «dan testimonio de la rabia que acomete a los hombres dignos de llamarse así frente a esa injusticia permanente que es la vida social. La Comuna confirma la enorme fuerza potencial que pueden generar las palabras de justicia y de futuro, y demuestra que por estas palabras, los hombres, sobre todo los más pobres y los intelectuales, están siempre dispuestos a ofrecer sus vidas, y, a veces, alegremente».

Pues bien ¿es que eso no basta? ¿No es tal vez eso más reconfortante que los arreglos de cuentas de que nos habla la Biblia o las crónicas de las campañas de Luis XIV y Napoleón?

Las guerras que uno hace muchas veces terminan por no parecerse en nada a aquellas en que se alistó. Pero el recuerdo de las razones que determinaron el alistamiento permanece vivo, fresco y puro como la fuente misma de la vida. La idea de que la República y el Socialismo se hacían los «Communards» poco tiene que ver con la idea que de ambos nos hacemos en las sociedades industriales desarrolladas. Y si queremos actualizar nuestras ideas no hemos de temer los contrasentidos.

Los sentimientos que animaban a los «Communards» son los mismos que nosotros hemos experimentado tantas veces, y nuestro corazón y sus corazones ha palpitado más de una vez al mismo ritmo. Por eso la Comuna sigue viva; por eso las tumbas que quieren cavarle no podrían ser más inútiles. ■